

ESTE año se cumplen cuatrocientos años desde la muerte de Felipe II.

Cuatro siglos en los que su cuerpo yace en el monasterio que ordenó levantar en El Escorial, la obra cumbre del Renacimiento español. Y, sin embargo, el Panteón de Reyes no fue el lugar elegido por Felipe II para enterrarse junto a su padre, pese a que numerosos autores, basándose en una antigua tradición, digan lo contrario. La idea de que Felipe II había dejado inacabada su tumba fue promovida por su nieto, Felipe IV, para justificar una decisión contraria al testamento del fundador, y que se basó fundamentalmente en los cambios de gustos del barroco. En realidad, el camino recorrido por los proyectos de enterramientos reales —y por los mismos ataúdes— ha sido especialmente largo y tortuoso.

Felipe era el heredero cuidadosamente preparado de una línea dinástica cuyos antepasados se remontaban hasta Roma, y que se consideraban señalados para afirmar la cristiandad y defenderla del infiel. Por ello, el monasterio fue concebido para dotar de una fuerte significación simbólica a los enterramientos de su familia, y no para celebrar San Quintín ni para loar a San Lorenzo y su celebrado episodio de la parrilla. De hecho, la batalla de San Quintín se ganó veinte días después de la fiesta del santo, que, por cierto, en realidad había sido decapitado. En cuanto a la parrilla, parece más un parecido afortunado que una *idea* generadora, en la que más bien pueden encontrarse significativos parecidos con el antiguo Templo de Jerusalén. En la época del anteproyecto de El Escorial (1558-1563), se barajaron diferentes soluciones: desde un gran mausoleo en el centro del templo hasta un posible encargo a Miguel Ángel Buonarrotti, seguramente frustrado por su muerte. Durante los primeros trabajos en el monasterio, los cuerpos reales se depositaron en el actual Panteón, que era entonces una capilla funeraria, desde donde se llevaron a una cripta bajo la Iglesia de Prestado, en el Convento. La idea elegida finalmente por Felipe II en 1568 fue enterrarse bajo las estatuas orantes del Presbiterio, en una cripta situada entre el altar y el Panteón, que se terminó en 1586. Los ataúdes se situaron en paralelo, con

LA VERDADERA TUMBA DE FELIPE II

Por Juan Rafael de la CUADRA

los pies mirando a Oriente, y agrupados por familias completas. Se siguió un riguroso orden jerárquico que quedó reproducido en dichas estatuas, con el Emperador situado justo debajo del altar. Esta compleja solución incluía dos coros subterráneos desde donde los monjes cantaban sus responsos, y que actualmente están sin uso.

El principal cronista de la época, el padre Sigüenza, cuenta como Felipe II quiso «hacer un como cementerio de los antiguos, donde estuviesen los cuerpos reales sepultados y donde se les hiciesen los oficios y misas y vigalias, como en la primitiva Iglesia se solían hacer con los mártires». El monje aragonés Marco de Guadalajara, en su *Historia pontifical*, describía con todo lujo de detalles el entierro del rey en esta austera *catacumba*: «fue puesto en vna caja de madera aforrada de raso blanco y cubierta de brocado de oro y negro, y la pusieron dentro de la Sacristia sobre vn cadalso de vna bara de alto, cubierto de terciopelo negro, a la cabecera vna almohada con vna Corona, y quatro achas en cada lado [...] Subiose de allí a la Iglesia donde estaua hecho un cadahalso como el q. se refirió arriua, y otro menor encima, y sobre este vna cubierta con vn riquissimo paño d. brocado, bordado las Zanefas de muertes, y en ella vna Corona y vn Christo con no mas luces que tuuo en la Sacristia».

En 1654 Felipe IV terminó el actual Panteón de Reyes, al que trasladó sólo a los reyes y madres de reyes. Para el enterramiento de los demás familiares se transformó el coro superior en Panteón de Infantes, aunque en 1888 la reina Isabel II trasladó esta nefasta solución a los sótanos del convento, donde pueden verse en la actualidad. Con ello, se perdió del todo la *idea* original del fundador de Felipe II, que no olvidemos era el dueño y fundador del edificio. Se cambiaron los cuidadosos protocolos de los ataúdes reales. Las tumbas ya no miran a Oriente, sino que se *desorientaron* colocándolas en forma de círculo. El Emperador Carlos tampoco está bajo el altar con el pecho bajo el sacerdote, como dejó escrito en su testamento. Se sustituyó la idea de enterrar a cada rey con su familia, relegando a las otras reinas e infantes a los lejanos panteones de infantes.

De esta manera, se desgajó la íntima unión existente entre las tumbas, las estatuas orantes y el espacio sagrado del altar, *invadiendo* la capilla subterránea,

idea expresamente desechada por Felipe II. Los reyes barrocos tampoco entendieron la modestia de los sencillos enterramientos reales, con sus estatuas frente al altar, semejantes a los de la cripta de la Capilla Real de Granada. Su boato hallaba adecuada expresión en la riqueza de los materiales de las estatuas y el templo. Idéntica solución se había usado ya bajo los lujosos mármoles del altar de Yuste. Felipe II no previó su tumba como se realizó después, independiente de la Basílica, sino que subordinó todo el programa decorativo y espacial del altar al culto de la cripta situada debajo. Desde el siglo XVII quedó recluido en el pequeño Panteón, desde luego mucho menos colosal que el Templo en el que, sin duda, el monarca quiso ser enterrado.

Por todo ello, parece importante proponer —precisamente este año— que se devuelva la unidad original a las familias de Felipe II y Carlos V, trayendo a los otros seis familiares y a los pequeños infantes que, según se desprende de las crónicas, ocupaban la cripta original. Los problemas generados por este traslado serían mínimos, ya que esta bóveda, que en el siglo XVIII se usó como sacristía, actualmente no tiene uso. Así, las magníficas esculturas de Pompeyo Leoni, recuperarían la mínima coherencia que debiera exigirse a sus inscripciones, auténticas «lápidas» de las tumbas que en el siglo XVI ocupaban su cripta inferior. Creo que ésta sería la única solución rigurosa con el pasado y la voluntad del fundador del Real Monasterio. Los turistas deberían contentarse con un hecho habitual en la visita a cualquier cementerio: la contemplación de las estatuas que representan a los enterrados debajo. De esta manera, los artífices de la solución actual, los Austrias del barroco, y sus sucesores podrían seguir ocupando el Panteón, con sus dos lugares principales ocupados por sus verdaderos promotores: Felipe III y Felipe IV. La desocupación de estos cuatro nichos podría solucionar, además, la actual falta de espacio en este soberbio panteón familiar de la dinastía real española.